

ahora viene bien recordar el consejo que, deducido de anécdotas clásicas, formuló anteriormente: «He aquí cómo debe uno guardarse de adherirse a las opiniones vulgares y hay que juzgarlas por la voz de la razón, no por la voz común»⁸.

La existencia de tan fascinante como inesperado Nuevo Mundo dio lugar al florecimiento de una literatura de viajes cuyos autores eran con frecuencia protagonistas de los hechos que relataban o también eruditos que narraban lo que se apresuraban a recoger de la tradición oral. En este aspecto obvio es que tienen capital importancia nuestros *Historiadores de Indias*. Claro que también se difundieron gran cantidad de textos en los que alternan informaciones más o menos verídicas con detalles fantásticos y utópicos que entusiasmaban a los lectores fascinados por tantas presuntas o auténticas novedades como iban conociendo. Conviene tener presente a este respecto que «Todavía en el siglo XVIII era difícil distinguir entre libros de viajes llenos de fábulas y los de autores serios», lo que da idea del estado cultural de la época⁹.

Montaigne, como es comprensible, también se sintió atraído por esos relatos que describían formas de vida tan distintas y opuestas a las nuestras. Se referirá a ellas ampliamente en el capítulo XXIII, del Libro 1.º, *De la costumbre y de no cambiar con facilidad una ley establecida*. Mas es preciso hacer constar que en la larga enumeración de curiosidades que presenta, no todas proceden de la literatura de su época, sino que la paciencia de los eruditos ha descubierto que tal vez la mayoría procedan de la *Historia General de las Indias* de López de Gómara, pero otras las ha tomado de Herodoto, o de Quinto Curcio, de Jenofonte o de Plutarco, principalmente. Y eso sin contar algunas cuya fuente sigue siendo desconocida.

A modo de introducción y sirviéndose de ejemplos concretos tomados de su propia experiencia y de la de su entorno, así como de sus lecturas, Montaigne critica la fuerza de la costumbre, tan tiránica como sutil que, alevosamente, nos hace incapaces de oponernos a ella porque ni siquiera nos damos cuenta de nuestra sumisión. Su autoridad sobre nosotros desde la infancia nos impide vislumbrar su opresión, reflexionar libremente y nos convierte en esclavos de la rutina que ejerce su dominio sobre todo nuestro pensamiento y mentalidad: «¿Qué no puede acerca de nuestros juicios y de nuestras creencias? ¿Hay alguna idea, por rara que sea [...], que no se haya establecido como ley en los sitios donde le ha parecido?». Muy justa es aquella antigua exclamación: «¡Qué vergüenza para un naturalista; cuyo papel es observar y escrutar la naturaleza, el pedir a mentes deformadas por la costumbre, las pruebas de la verdad! Estimo que no entra en la mente humana fantasía tan insólita que no halle ejemplo en alguna usanza pública y consiguientemente que nuestra razón no acepte y afinque»¹⁰.

Siguiendo una táctica frecuente en los *Ensayos*, surgen de improviso en el texto aserciones, por lo general, brevemente expresadas, tajantes, de un pensamiento si no ajeno en principio al tema dominante del capítulo, sí más personales, que abren sugerentes perspectivas al lector cuidadoso y sagaz, y pasan a menudo inadvertidas a los lectores apresurados y sólo atentos al asunto predominante del texto. En el capítulo

⁸ L. I.º, cap. XXXI, pág. 202 (A).

⁹ Michèle Duchet, *Anthropologie et Histoire au siècle des lumières*, París, Maspero, 1971, pág. 66. V. también M.E. Thirion, *La Fontaine, Fables*, Hachette, 1890, L. VI, fábula V: «L'Amérique dans les fables de La Fontaine est considérée comme la terre de tous les prodiges».

¹⁰ L. I.º, cap. XXIII, pág. 3 (A), (B) y (C).

que nos ocupa, probablemente la curiosidad y la impaciencia de los lectores por conocer la existencia de usos y hábitos tan diferentes y hasta opuestos a los nuestros, a menudo les hará pasar por alto esas afirmaciones intercaladas, tan henchidas de sentido profundo y nuevo en contradicción con los criterios morales establecidos. Y a este resultado contribuirá también la rapidez expresiva con que Montaigne va enumerando las diversas costumbres en frases cortas, utilizando constantemente el breve adverbio «donde» (*où*) y sin demorarse en ellas, sin comentarlas ni a favor ni en contra, sorprendiendo continuamente al lector, abrumado casi por tal cantidad de insospechados antagonismos frente a sus propias reglas morales, consideradas prescritas por Dios y por tanto naturales, únicas, intangibles.

De ahí, en parte, la fama tan extendida entonces de un estilo desordenado, ingenuo, espontáneo, incluso incoherente. Una crítica moderna ve en ello una causa fundamental de la tardía inclusión de los *Ensayos* en el *Índice romano* (1676): los censores se perdieron en la profusión heterogénea de asuntos, citas clásicas, ejemplos de tipo personal, repeticiones y aparentes contradicciones. Otros críticos consideran que esa mezcla abigarrada de temas dispares y de muy distinto nivel cultural, en los que alterna la erudición con detalles de lo cotidiano, no parecía ofrecer consecuencias graves, era inofensiva¹¹.

Asimismo, precisemos que no deja de ser interesante que sea precisamente en un fragmento que trata de las «Nuevas Indias», sobre todo, donde surgen muchas de esas aseveraciones firmes y audaces intercaladas entre las costumbres de otros pueblos. Recordemos también que éste es uno de los capítulos en que Montaigne ha introducido pensamientos cada vez más atrevidos en las sucesivas ediciones y particularmente en las que se han publicado póstumas y añadidos que refuerzan lo expresado anteriormente, pues como tuvo interés en aclarar en otra ocasión «añado pero no corrijo»¹².

Vayan seguidamente algunos ejemplos de usos particularmente chocantes para la moral de nuestra civilización cristiana: «Existen pueblos donde las jóvenes solteras pueden abortar impunemente a sabiendas de todos. Hay países donde existen burdeles públicos de varones y hasta matrimonios entre ellos. Donde cada uno hace un dios de lo que le place, el cazador de un león o de un zorro, el pescador de cierto pez e ídolos de cada acción o pasión humana: el sol, la luna y la tierra son los dioses principales. Donde se cambia de forma de gobierno, según lo requieran las circunstancias; se depone al rey cuando parece oportuno y se le sustituye por ancianos que se hacen cargo del mando del Estado y a veces se deja éste en manos del pueblo...»

Y, de repente, sin transición ni comentario, una enunciación que rompe con la creencia establecida: «Países donde viven convencidos de esa opinión tan rara e incivil de la mortalidad de las almas», enunciación añadida por Montaigne en la última edición publicada por él, y solamente acompañada de esos dos adjetivos que señalan su infrecuencia y rareza sin expresar ninguna crítica determinada.

¹¹ Michel Butor, *Essais sur les Essais*, Gallimard, 1968, pág. 144.

¹² L. III.º, cap. IX, pág. 963 (B).

Historiadores de Indias y viajeros han hablado de haber hallado pueblos sin creencias. Nuestro Arriaga confirma la existencia de pueblos impermeables a toda idea de divinidad que padecen —son éstas sus palabras— «una ignorancia invencible de Dios»¹³. Y el padre jesuita José de Acosta presenta a los indios occidentales como desconocedores incluso de la palabra Dios¹⁴. Así Montaigne no es ajeno a ese derrumbamiento de una de las pruebas de la existencia de Dios, más difundidas, la del consentimiento universal, todavía esgrimida no hace tantos años.

Poco después, gracias a los primeros librepensadores franceses del siglo XVII, como La Mothe Le Vayer, por ejemplo, se difundirá, al menos en Francia, la tesis de que este argumento tantas veces alegado del consentimiento universal es pura quimera, que las relaciones de historiadores de Indias y los libros de viajeros han arruinado definitivamente¹⁵. Como es fácilmente comprensible, no surgirá una polémica abierta entre los adictos a la tradición religiosa y aquellos, poco numerosos, que prefieren pensar de acuerdo con los datos que les ofrecen los cada vez más interesantes descubrimientos. ¿Sería posible cualquier discusión pública sin una transformación profunda de la sociedad que permitiese la libertad de expresión y el cultivo de una ciencia de valor universal? ¿Esa ciencia que todavía apenas si ha nacido y que tardará mucho todavía en triunfar? Además es justo tener en cuenta que los historiadores de Indias son perfectamente ortodoxos y los primeros en sorprenderse de sus hallazgos que no hacen vacilar su fe, hallazgos que dan a conocer porque predomina en ellos, ante todo, un muy meritorio deseo de objetividad, de verdad.

Con todo y no obstante, estos historiadores ejemplares, la fuerza de la tradición sostenida por el hábito secular de creerse en posesión de la verdad y con el derecho a imponérsela a los demás, hará que algunos sigan pertinaces en rechazar todo lo que se oponga a sus propias convicciones. Por ejemplo, Bossuet, con la obstinación que le caracterizaba, todavía a finales del siglo XVII, en 1689, y que estaba al tanto de las objeciones que se hacían al catolicismo, con mayor o menor cautela, entre otras de que no es universal puesto que existe un continente en que los hombres no han oído jamás hablar de Cristo, replicaba con este argumento: «Id, pues, a desmentir con infundios a San Pablo y a Jesucristo, alegándoles las Tierras Australes, para negarles su predicación escuchada en toda la Tierra»¹⁶.

Veamos ahora tres de esas opiniones de Montaigne a las que hemos aludido, reflexiones suyas presentadas de forma escueta, sin ir precedidas de ninguna expresión que las realce, técnica muy suya en que la concisión intensifica la expresividad. Precisemos que las tres fueron añadidas en la última edición preparada por él y que no pudo llevar a efecto por haberle sorprendido la muerte, lo que demuestra la veracidad de lo que ya nos había advertido: «Digo la verdad no tanto como quisiera, sino tanto como me atrevo; y me atrevo un poco más al envejecer...»¹⁷.

1.ª.- C) «Los milagros están en relación con la ignorancia que tenemos de la naturaleza, no con la propia naturaleza».

¹³ Julio Caro Baroja, *Las formas complejas de la vida religiosa en los siglos XVI y XVII*, Madrid, Akal, 1978, pág. 537.

¹⁴ Antoine Adam, *Les libertins au XVII^e siècle*, París, Buchet/Chastel, 1964, pág. 126.

¹⁵ Antoine Adam, obra cit., pág. 13 y Michèle Duchet, obra cit., pág. 10.

¹⁶ Bossuet, *Deuxième avertissement aux Protestants*, 1969, Lachat, XV, pág. 275, citado por Paul Hazard, *La crise de la conscience européenne*, Boivin, 1935, pág. 214.

¹⁷ L. III.º, cap. II, pág. 806 (B).